

# SESIONES

DE LA

## DIPUTACION PERMANENTE DE CORTES

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. DIEGO MARTINEZ BARRIO

Sesión del martes 16 de Noviembre de 1937

### SUMARIO

Abierta la sesión a las doce y veinticinco minutos, se lee y aprueba el acta de la anterior.

Excusas de asistencia de los Sres. Vargas, Pascual Leone y Pérez Urria.—Manifestaciones de los señores Velao y Presidente.

ORDEN DEL DIA.—Prórroga del estado de alarma: comunicación.— Discursos de los Sres. Presiden-

te del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación.—Intervenciones de los Sres. Velao, Lamonedá, Torres Campañá, Corominas y Jáuregui.—Rectificación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.—Manifestación del Sr. Presidente y propuesta de reiteración de confianza de la Diputación Permanente al Gobierno.—Acuerdo aprobatorio.—Queda aprobada la prórroga del estado de alarma.

Se levanta la sesión a las dos y diez minutos de la tarde.

Abierta la sesión a las doce y veinticinco minutos, en segunda convocatoria, con asistencia de los Sres. Lamonedá, Jáuregui, Prat, Velao, Fernández Clérigo, Palomo, Torres Campañá, Alvarez del Vayo, Santaló, Corominas y de los señores Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

El Sr. **VELAO**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **VELAO**: Para manifestar que el Diputado D. Pedro Vargas nos ha dicho, desde Valencia, que ocupaciones ineludibles que tiene allí no le permiten asistir a la sesión de hoy, y que se le considere representado.

El Sr. **PRESIDENTE**: Asimismo han presentado sus disculpas los Sres. Pascual Leone y Pérez Urria. Se hará constar en acta."

### ORDEN DEL DIA

Se leyó la siguiente comunicación:  
"Excmo. Sr.: Considerando necesario el Gobierno prorrogar por treinta días más el estado de alarma que se declaró en 17 de Febrero de 1936, en todo el territorio nacional y plazas de

soberanía Ceuta y Melilla, con sujeción a lo preceptuado en la vigente ley de Orden público, tengo el honor de ponerlo en conocimiento de V. E. a los efectos de la autorización prevenida en el artículo 42 de la Constitución.

Barcelona, 11 de Noviembre de 1937.—J. Negrín."

El Sr. **PRESIDENTE**: Se abre discusión.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Negrín): Realmente, no precisa justificación alguna el que el Gobierno se dirija a la Diputación Permanente de Cortes para solicitar que se prorrogue el estado de alarma. Evidentemente, en una situación de guerra como la en que nos encontramos, el instrumento lícito de garantía mínima que se puede dar al Gobierno para poder actuar con la libertad necesaria en tales instantes, es la declaración del estado de alarma. Pero yo he querido aprovechar esta ocasión para poner en conocimiento de ustedes cuál es la situación que, tanto en el orden interior como en el militar y en el orden exterior, atravesamos, en aquellos aspectos que, como es natural, según ya saben los Sres. Diputados, no se pueden lle-



gar a conocer si no es por una declaración o una manifestación del Gobierno.

Ante todo—aunque seguramente es conocido por la mayor parte de los Sres. Diputados—, yo quiero dar las razones por las cuales el Gobierno decidió y asume la responsabilidad de haber procedido al traslado de los órganos de la Administración Central y del Gobierno mismo, a Cataluña, a Barcelona. En realidad, cuando, en el mes de Octubre, ya con anterioridad al mes de Octubre, incluso en el mes de Septiembre de 1936, por el primer Gobierno del cual yo formé parte, como Ministro de Hacienda, se trató del eventual traslado del Gobierno a otra capital española, ya se había adoptado el acuerdo de que el traslado, caso de hacerse, se efectuara a Barcelona. Quedó, desde luego, facultado el Presidente del Consejo de Ministros, entonces el Sr. Largo Caballero, para modificar esta determinación si lo estimaba oportuno. Y haciendo uso de esta autorización del Consejo, y, además, en virtud de las atribuciones propias como jefe del Gobierno, optó, a última hora, por trasladar la sede del Gobierno a Valencia.

Cuando el Sr. Presidente de la República me encargó de formar Gobierno, yo, que siempre he estimado que Barcelona, que Cataluña ofrecía posibilidades para la acción de éste, incluso desde el punto de vista físico—pues ya se ha visto que Valencia ha resultado hasta pequeño y estrecho, aunque desde otros puntos de vista ofrecía una situación de facilidad y conveniencia para la residencia del Gobierno—comuniqué a mis compañeros de Consejo, como asimismo al Sr. Presidente de la República, el propósito de proceder al traslado a Barcelona tan pronto las circunstancias lo hicieran aparecer favorable. Para mí esto significaba que se exigía, como condición previa para el traslado, en primer término, que la situación del orden público en Cataluña se hubiera aclarado. Después de los sucesos de Mayo, había pasado a manos del Estado central la acción sobre el orden público en Cataluña, y era preciso ver cómo funcionaba esta máquina y que estuviera restablecida la tranquilidad. Además, estimábamos necesario que cristalizara el frente de Aragón. Desde el punto de vista militar, conforme a la concepción que en los últimos meses, ya en el Gobierno anterior, se tenía de lo que debía ser un frente y un Ejército regular, el frente de Aragón no existía; era preciso proceder a crearlo y consolidarlo. En último término, era necesario que en los otros frentes, sobre todo en los más próximos a Valencia—Levante y Centro—hubiera estabilidad conveniente y necesaria.

Cumplidos estos requisitos, ya en el mes de Septiembre, el Gobierno estimó que era el momento oportuno de venir a Barcelona, de acuerdo y aceptando el ofrecimiento que, con algunos meses de antelación, había sido hecho por el Gobierno de la Generalidad.

Aparte una serie de factores de orden político y económico, que son tan evidentes y tan señalados que no merecen la pena que yo les entretenga con su exposición, para mí una de las con-

veniencias que presentaba el traslado—y así se ha comprobado en nuestra corta convivencia—era la de que pudieran las dos Administraciones—el Gobierno central y el Gobierno autónomo—estar, en estos instantes en que la unión íntima es precisa, más vinculadas, más próximas, para evitar una serie de fricciones y rozamientos que la distancia traía consigo; y digo la distancia porque estas fricciones y rozamientos entre elementos responsables del Gobierno de la Generalidad de Cataluña y el Gobierno central, en realidad no han tenido lugar nunca; cuando ha habido una dificultad, un asomo de equivoco, ha bastado un simple y ligero cambio de impresiones para hacerlo desaparecer. Era más bien el entorchado de dos máquinas un poco separadas que tenían que engranar y que no estaban adaptadas a estas circunstancias. Y en este corto tiempo he podido convencerme de que las esperanzas que yo había cifrado en nuestra convivencia eran justificadas.

Quiero aprovechar esta oportunidad para repetir aquí, ante la Diputación Permanente, el agradecimiento del Gobierno de la República por las facilidades que hemos encontrado, antes de venir y ya al establecernos en Barcelona; facilidades que nos han dispensado todas las autoridades, las cuales se han excedido en satisfacción sólo aquello que nosotros podíamos considerar quizá como nuestro derecho—nunca hemos querido reclamar un derecho—, sino hasta en aliviar las dificultades surgidas cuando en alguna ocasión elementos subalternos de nuestra Administración se habían extralimitado. Siempre hemos encontrado en el Gobierno de la Generalidad y en las autoridades municipales de Barcelona la máxima condescendencia y la máxima complacencia como igualmente el deseo de satisfacer en absoluto lo que estimábamos las necesidades del Gobierno.

Pero no sólo las autoridades, sino el pueblo catalán; más concretamente, el pueblo de Barcelona. Hemos podido ver en los Ministerios (algunos de los señores que aquí están no habrán dejado de tener ocasión de presenciárselo) el agobio con que los obreros han estado trabajando estos últimos días, con horas suplementarias, los domingos, en todo momento, con un celo verdaderamente extraordinario, sin pensar si pertenecían a uno u otro partido o a una u otra organización sindical, sino dándose perfecta cuenta de que estaban cumpliendo una misión de guerra, acogiendo de este modo al Gobierno con los brazos abiertos. Todos éstos son motivos de agradecimiento, y motivos que a nosotros nos ligan, no sólo sentimentalmente a Cataluña, sino que también nos obligan a ser más severos, más duros, más exigentes con nosotros mismos en el cumplimiento de nuestra misión.

Dicho esto, quiero hacer algunas consideraciones respecto a la situación exterior, interior y militar.

La situación militar se encuentra hoy, pudiéramos decir, en un período de alerta y estancamiento. No es que nosotros hayamos renunciado a la iniciativa.



En cuanto a la situación de la política interior, de la que ya hablará con más detalle el Sr. Ministro de la Gobernación, habrán notado ustedes que en estos últimos tiempos se ha recrudecido una campaña de derrotismo y de hostilidad hacia el Gobierno, aprovechando el descontento que, como es natural, tienen que engendrar siempre, unas veces en un sector, otras en otro, cada uno de los actos de cualquier Gobierno. Ningún Gobierno puede pretender que todas sus resoluciones obtengan una absoluta conformidad, ni aun la de sus propios amigos; es más: en el Gobierno mismo hay que plegarse muchas veces a cosas que no le satisfacen a uno plenamente; pero lo imponen así la necesidad o las circunstancias. Aprovechándose de esto, ciertos elementos, facciosos más que revolucionarios o antifascistas, como ellos se llaman, están haciendo una campaña que no es más que una de las facetas de la ofensiva que en el orden militar va a empezar, de la ofensiva que se ha iniciado ya en el exterior con una serie de maniobras, algunas de las cuales han tenido un cierto resultado.

Luego hay, en el orden diplomático, la ofensiva que consiste en sembrar la duda en el exterior acerca de los verdaderos propósitos del Gobierno en lo que se refiere a la continuación de la guerra. Se ha empezado a hablar de armisticio, de propósito de componendas por parte del Gobierno, de que éste intentaba llegar de cualquier modo a una solución, etc. No sé si será necesario que yo afirme de una manera rotunda y categórica que no han existido ni existen esos propósitos en el Gobierno. Creo, además, que si este Gobierno o cualquier otro tuviera semejante designio, la opinión pública y los combatientes del frente le arrastrarían y le quitarían de en medio.

El Gobierno quiere, evidentemente, la paz, como la han querido todos los Gobiernos que han venido rigiendo los destinos de nuestro país desde el 17 de Julio; pero deseamos la paz con el triunfo de la República. Aun aquellos a los cuales la Carta constitucional de la República les parezca incompleta (en un sentido o en otro, a todos nos puede parecer más o menos incompleta, porque es un documento que hemos suscrito como una transacción), aun aquellos que puedan tener una posición diferente, no aspiran, como partidos políticos responsables, más que al triunfo de la República constitucional española y a que se sometan a ella los que se han declarado en rebeldía; pero mientras esto no se produzca, nosotros no podemos entrar en tratos, arreglos ni compromisos. Podemos negociar con Inglaterra, con Francia, con la U. R. S. S. y con otros países de Europa acerca del pleito promovido por la intervención extranjera en España, podemos reclamar ante la Sociedad de Naciones contra la intervención de italianos, alemanes y portugueses en nuestro país; pero en modo alguno se nos ha ocurrido ir a reclamar contra el levantamiento de Franco, ni hemos pretendido que nadie nos apoye ni nos ayude para yugular o someter a esa gente que se ha declarado en rebeldía. Son dos problemas completamente distintos: cuando nosotros aparecemos en el plano internacional para discutir el problema

de España, nosotros nos presentamos ante el conflicto surgido en nuestro suelo por la intervención de países extranjeros que apoyan a los rebeldes y reclamamos que los otros países cumplan sus compromisos internacionales, evitando que ese apoyo o ese envío de fuerzas a los rebeldes se produzca. El problema de la insurrección es netamente español y en él no tiene por qué intervenir nadie, ya que el Gobierno se encuentra con fuerzas suficientes para liquidarlo o resolverlo por sí, sin intervención de ningún otro país y sin más ayuda material que aquella a la cual legítimamente tenemos derecho. Es decir, que como Gobierno legal de la República, oficialmente reconocido, tenemos derecho a adquirir material de guerra. Por tanto, cuanto se oiga decir sobre gestiones para un armisticio realizadas cerca de Gobiernos extranjeros puede considerarse desprovisto de fundamento, como cosa falsa, como uno de los infinitos bulos, que, en el fondo, no constituyen sino una de tantas ofensivas que, como complemento de las operaciones militares, nuestros enemigos piensan realizar en el orden de la política exterior, y también como complemento de esa campaña ofensiva de la política interior con referencia al orden público, respecto a cuyo extremo el Sr. Ministro de la Gobernación luego tendrá ocasión de exponerles a ustedes detalles. Y esta campaña tendenciosa la hacen con extraordinaria maestría, porque, en primer término, son quienes disponen de los escasos instrumentos preparados que en España había, y que están con ellos, porque siempre fueron enemigos del pueblo, y, después, porque, como asesores y directores, cuentan con la gente más capaz del mundo para estas cosas—alemanes e italianos—que son quienes verdaderamente prepararon la situación en que España se halló, no a partir de Julio, sino mucho antes de esa fecha.

Todo esto tiene una incubación bastante más remota. Cuando haya tiempo de repasar documentos y cosas, muchas de las cuales se encuentran en poder del Gobierno, y algunas fueron encontradas en registros hechos recientemente en Barcelona, creo que será muy fácil dar con el enlace de estos movimientos surgidos en España en la parte final de la guerra y en el período inmediato de la postguerra europea. Y, claro es, con elementos directores tan capacitados y además tan conocedores de la psicología española, no es nada difícil llegar a producir esta especie de angustia y desazón, que podría conducir a un desmoronamiento de la moral de la retaguardia, si el Gobierno no estuviera dispuesto a contrarrestarlo por los medios que sean y en la forma que sea. Muchos hablan y dicen que la gente está cansada de la guerra; que si en las tertulias de los cafés y en las comidillas de las comadres se advierte ya un franco cansancio y el deseo de que esto acabe de una vez. Pues bien; el deseo de que esto acabe de una vez lo tenemos todos. Ninguno de nosotros es guerrero y ninguno quiere hacer la guerra por hacerla; pero que acabe de cualquier manera no lo quiere ningún elemento responsable y, sobre todo, no lo quiere ninguno que no sea nuestro enemigo. ¿A qué se debe este fenómeno? A mi juicio, a una cosa muy sencilla.



Desarticulado el Estado, sin elementos de control sobre la vida pública, aquí ha sucedido lo que todos sabemos: la gente estaba atemorizada; no había una justicia, sino que cada cual se creía capacitado a tomarse la justicia por su mano. ¿Manera de salvar el pellejo? Pues una posición demagógica y extremista. Y nosotros hemos visto, cada uno de nosotros ha visto, a una serie de sujetos y de personas conocidas que habían salvado el pellejo y que, de pronto, se colocaron en la posición más extrema que pueda uno imaginarse. Se ha fortalecido el Gobierno, y las circunstancias han cambiado. No me refiero a este Gobierno exclusivamente; yo no considero esto como mérito del Gobierno que actualmente preside. Yo he formado parte del Gobierno anterior y he seguido de cerca la vida de los otros Gobiernos que precedieron al del Sr. Largo Caballero, y sé que el anhelo, la preocupación mayor de todos ellos fué el lograr los instrumentos necesarios que permitieran al Gobierno gobernar. Y si nosotros hemos podido avanzar en ese sentido es porque nuestros antecesores ya nos habían ido preparando el camino y, naturalmente, nosotros podemos hacer más que los anteriores, como podrán hacer más que nosotros los que vengan detrás o nosotros si seguimos adelante. El hecho indiscutible es que el Gobierno ha llegado realmente a ser Gobierno, y hoy ya todo el mundo se siente seguro, ya nadie cree que es preciso alardear de extremismo, de antifascismo, de posiciones heroicas, etcétera, para salvar la vida o simplemente, en muchas ocasiones, para salvar el bienestar. Y, claro, nuestros enemigos, que son numerosos, que son numerosísimos, que se encuentran dentro de nosotros mismos, dentro de nuestras propias organizaciones y de nuestros propios medios, empiezan a levantar cabeza.

¿Cómo trabajan nuestros enemigos? Donde pueden de una manera artera asestarnos una puñalada, nos la asestan; donde pueden producir un derrumbamiento de la moral, lo hacen; donde pueden ir en contra del Gobierno, dando la sensación de que ellos son más gubernamentales y más antifascistas que el Gobierno mismo y tildarnos a nosotros de contrarrevolucionarios, lo hacen. Y contra esto es preciso estar preparados.

El Gobierno es enemigo de todo terror; y el Gobierno quiere y espera lograr evitar que nuevamente impere como medida de salud pública. Es preciso que no sea necesario llegar a eso. Para esto es indispensable que lo mismo los instrumentos de Gobernación, de Policía, que los instrumentos de Justicia funcionen en la forma debida, que se dé la sensación de una justicia desde luego imparcial, pero rigurosa y rápida; que se dé la sensación de unos instrumentos de poder que no persiguen por perseguir; pero que donde encuentren al enemigo, bien se presente de forma franca, bien de manera solapada haciéndose pasar por amigo, se le persiga, se le aniquile si es preciso. Esto es una condición indispensable en toda guerra, pero mucho más en una guerra civil. Y a eso está decidido a llegar el Gobierno, mientras cuente con el apoyo del Parlamento y con la confianza del Sr. Presidente de la República.

En este sentido creo que últimamente se ha hecho bastante, pero lo hecho no significa desde luego más que el comienzo de la labor a realizar. Yo estoy seguro, tengo confianza de que por ese lado no nos ha de sorprender el enemigo.

Yo quisiera hacer llegar a todos nuestros amigos, a todos aquellos que están con nosotros, participen o no de las responsabilidades del Gobierno, el convencimiento de que, habiendo un Gobierno, en tiempo de guerra a ese Gobierno, sea el que sea, es necesario apoyarle, es necesario estar con él, y no estar con él de manera pasiva, sino francamente y de corazón y prestándole ayuda y apoyo. Porque, claro, en muchas ocasiones puede ser difícil discernir dónde se encuentran el amigo, el simple crítico y el enemigo encubierto, y el Estado en esos momentos no puede pararse a escudriñar con demasiada precisión y a perder el tiempo para discriminar con demasiada escrupulosidad cuál es amigo o enemigo, sino que tiene que inutilizar inmediatamente al que perturba la función de gobierno y del que presume que es un enemigo más o menos encubierto.

Estos son en sus líneas generales la situación y los propósitos del Gobierno. Lamento mucho no dar el realce que quisiera a cada uno de los temas objeto de la exposición que acabo de hacerles a ustedes y que son los que considero más importantes y fundamentales. Creo, no obstante, haber tocado los puntos esenciales de las cuestiones que yo deseaba someter a ustedes referentes a la situación del país, y termino significándoles que, desde luego, estoy dispuesto, y me sería muy grato, dar a ustedes toda clase de ampliaciones y detalles agradeciendo su atención.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACIÓN**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACIÓN** (Zugazoitia): Señores Diputados, espero hacerme perdonar si en esta breve exposición, concretada a los problemas de orden público, les manifiesto cosas que son sabidas de ustedes. Sin embargo, la reiteración de verdades elementales, aun hecha en una Asamblea como la presente, me parece indispensable para comprender todo el proceso que ha seguido el orden público en España a partir del momento de la insurrección misma.

La situación, al presente, sin ser grave, puede ser reputada como delicada, y ello en razón de que los insurrectos, no sólo especulan con sus posibilidades militares, sino que hacen depender el éxito de esas posibilidades de aquellas ayudas que encuentren en la retaguardia. En efecto, todos los indicios que llegan hasta el Gobierno hacen creer que, juntamente con aquellos planes de carácter militar que tienen en estudio, disponen igualmente de otros—planes más discretos, menos militares, pero no por ello dejan de ser en absoluto militares—en la retaguardia. Y así, nosotros tenemos derecho a creer que no va fiada la victoria de ellos, en sus futuros ataques, a la eficacia de sus armas tanto como a la repercusión que esos ataques puedan tener en nuestra retaguardia. Y vean ustedes la paradoja del orden público, que



no deja de ser curiosa. En tanto que ha prevalecido en el territorio leal un régimen de terror, las actividades ciudadanas estaban absolutamente clausuradas, y todos, cualquiera que fuera su significación política y su inclinación en cuanto a la contienda, coincidían en ser, o colaboradores de la República a pesar suyo, o agentes pasivos, en espera de la oportunidad de manifestarse a favor de nuestros adversarios. Y ha sido necesario que nosotros vayamos reconstruyendo el orden público, restableciendo la disciplina social, para que, automáticamente, a compás de nuestras victorias en ese aspecto, fueran pensando en poder rehacer sus cuadros y adquirir aquella actividad clandestina que nosotros estamos obligados a reprimir. Y hoy nos encontramos con que, pudiendo presumir ante el mundo de haber reconstruido, en parte muy fundamental, la disciplina social, y de evitar, como indicaba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que la justicia fuera patrimonio exclusivo de cada ciudadano, discerniéndola en cada caso según sus conveniencias; a compás de esas victorias, digo, haya renacido otra vez la actividad clandestina de nuestros enemigos. ¿Peligros de esa actividad? Muchos, si nos fueran desconocidos y no nos preocupásemos de irles a la mano; muy relativos, teniendo en cuenta que, a ese respecto los instrumentos de Gobierno trabajan bien y trabajarán mejor. Me complazco en reconocer aquí que la Policía que sirve al Gobierno, improvisada en los momentos críticos, ha ido adquiriendo un grado de madurez que nos permite confiar en que sus actividades serán siempre satisfactorias.

Pero esta lucha sería sencillísima y no ofrecería dificultad ninguna desarticular toda esta clase de movimientos de tipo rebelde inspirados por los insurrectos, si no coincidieran con ellos, cualquiera que sea—yo en ese punto no entro—el grado de buena voluntad que en sus actividades pongan aquellos que consideran que puede ser impugnado el Gobierno por el hecho de estar constituido de esta o de la otra forma. El trance de nuestra Patria es de tal manera grave y la situación exige de todos una disciplina y una obediencia tan absolutas, que no hay posibilidad de admitir, si pretendemos obtener que la retaguardia coopere con el frente a la victoria de la República, ninguna actividad, cualquiera que ella sea, contraria al interés de lo que en estos instantes representa el Gobierno (y no representa otra cosa sino el afán de victoria). Cualquiera que sea el grado de buena voluntad en que se inspiren sus debeladores, sus servicios al adversario son extraordinarios. Y a ese respecto, yo me complazco en declarar ante la Diputación Permanente de las Cortes que es criterio del rector del orden público, del responsable de él, y del cual participa el Gobierno, de considerar con igual grado de peligrosidad a aquellos que tienen una actividad favorable a los facciosos por estar vinculados a ellos ideológicamente, que a los que colaboran a esa actividad, cualquiera que sea el impulso de buena voluntad con que crean que hacen las cosas, llamándose antifascistas. Y es que, en efecto, a la hora presente, coinciden en

ser más peligrosos que los propios facciosos aquellos que, diciéndose antifascistas, contribuyen directa o indirectamente a favorecer toda acción clandestina de los rebeldes. La actividad de estos últimos es clandestina y, por lo tanto, difícil por fácil de descubrir, porque todos saben que no hay movimiento clandestino que no vaya acompañado del oportuno confidente. No es posible separar la sombra de la luz, y no es posible separar tampoco la clandestinidad de la confianza. Pero donde aumentan estos peligros es en aquellas organizaciones que, manifestándose públicamente de una manera, actúan en su intimidad de otra totalmente distinta, y así vemos que, junto a las protestas de adhesión a la causa de la República, junto a las protestas encendidas de estar luchando por la República, por la victoria de la misma, realizan, a favor de aquel trato de amistad que es necesario concederles, una actividad mucho más peligrosa, mucho más corrosiva, cerca de sus afiliados y de la opinión pública. Gran parte de la documentación de hojas y periódicos clandestinos que traigo aquí está inspirada por quienes tienen combatientes en el frente. Esto es, en definitiva, una traición para sus propios camaradas en línea, ya que con ello no se hace otra cosa que favorecer los trabajos del espionaje extranjero y los de la clandestinidad rebelde.

Creo, pues, que en lo que respecta al orden público hay que distinguir estos dos procesos: uno, el que se deriva de la actividad de los rebeldes, inspirada en el deseo de facilitar el triunfo de la causa fascista; y otro, el relacionado con aquellas organizaciones que, teniendo combatientes en las unidades del Ejército, no han advertido todavía que toda su labor clandestina y toda la agria difusión de sus puntos de vista—que tienen, cualquiera que sea el grado de simpatía o diferencia con que se miren, un inconveniente fundamental: el de estar expresados contra el Gobierno y haciendo tabla rasa, en general, de todos aquellos valores morales que el Gobierno ha conseguido restablecer—son una de las posiciones más poderosas con que cuenta el adversario; y a este efecto cabe decir que si en los planes del mando faccioso entra por mucho el valor de aquella labor de disgregación que se haga en nuestra retaguardia, esa labor está confiada, más que a sus propios adláteres, a sus propios y directos colaboradores, a aquellos que vienen a serlo indirectos y que tienen un nombre más o menos sindical, más o menos político. Es natural que el Gobierno pretenda reprimir toda esa campaña demoralizadora y disgregadora, que no deja de tener sus repercusiones en el frente y que, cualesquiera que sean los esfuerzos que en él se realicen, puede determinar, con daño para todos, la pérdida total de la guerra. Yo llamo la atención a los Sres. Diputados sobre la posibilidad de que todas estas campañas tengan que ser reprimidas de un modo durísimo. Estamos haciendo la guerra. No podemos pactar con otra cosa que no sea la victoria, y todos aquellos que directa o indirectamente la contraríen, cualquiera que sea el matiz y el nombre con que se cubra, tienen que ser tratados con la severidad con que se trata



en caso de guerra a todo aquel que dificulta los propósitos del Mando.

Eso es cuanto quería decir a ustedes. Sin embargo, estoy a la disposición de los Sres. Vocales de la Diputación Permanente para concretar casos, en el supuesto de que quieran formular algunas preguntas.

El Sr. **VELAO**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **VELAO**: Muy pocas palabras para decir en el seno de la Diputación Permanente que aquel voto de confianza que en la última sesión de Cortes diera la minoría de Izquierda Republicana al Gobierno está ampliado en el día de hoy después de las manifestaciones hechas aquí por los Sres. Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación.

Con esto habría yo de terminar, felicitando, sin reserva de ninguna clase, al Gobierno por este mejoramiento del estado de opinión que de algún tiempo a esta parte viene advirtiéndose; pero no creo que estamos obligados a decir que en la minoría parlamentaria de Izquierda Republicana—debatidas estas cuestiones de orden interior y exterior con el interés que nos merecen y que nos han merecido siempre—en algunas ocasiones fué ya sugerida la idea sobre la necesidad de declarar en España el estado de guerra. Estoy absolutamente seguro, y asimismo lo están todos los diputados de Izquierda Republicana, de que el Gobierno con los debidos elementos de juicio, conocedor como es de la situación del país, tanto en el orden interior como en el internacional, halla sus motivos para mantener el estado de alarma y pedir su prórroga a la Diputación Permanente de Cortes.

Sin embargo, después de las manifestaciones de los Sres. Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación, no como sugestión al Gobierno, que ni siquiera llegó a eso, sino para conocimiento del mismo, digo que alguna vez en la minoría de Izquierda Republicana ha sido sugerida la idea de indicar al Gobierno si en caso de necesidad sería conveniente la declaración del estado de guerra. Ultimamente, la minoría de Izquierda republicana ante su representante en el Gobierno manifestó esta idea, expresando, entonces como ahora, que nosotros estamos con devoción absoluta, total, y con lo que se llama obediencia ciega a las órdenes del Gobierno para obtener la victoria, que, como ha dicho muy bien el Sr. Ministro de la Gobernación, es lo único con lo que nosotros podemos pactar. Pero ello lleva en sí un problema tan complejo como el de la retaguardia, y, con respecto a él, no solamente el Gobierno está obligado a adoptar las medidas conducentes a mantener el buen orden, sino que lo estamos todos los españoles a colaborar, como acabo de señalar hace poco, con obediencia ciega.

El Sr. **LAMONEDA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **LAMONEDA**: La representación de la minoría socialista se suma por completo a las manifestaciones hechas por Izquierda Republicana. Nosotros creemos que no es necesario puntualizar

aquí cuáles medidas y en qué ritmo han de ser adoptadas por el Gobierno para salvar las dificultades que se le presenten y para resolver los problemas que suscita la guerra. Tiene el Gobierno un amplio voto de confianza de las Cortes, que, por nuestra parte, subrayamos aquí, y él sabrá dosificar esas facultades para que rindan los beneficios en que, al producirse así, las Cortes pensaron.

A nosotros nos causa una viva satisfacción que el Sr. Presidente del Consejo y el Ministro de la Gobernación hayan venido aquí, aprovechando esta forzosa reunión de la Diputación Permanente, para darnos unas explicaciones que, aun habiendo sido someras y sintéticas, nos permiten conocer en su debido alcance y profundidad cuál es el estado de la situación guerrera y el de nuestra retaguardia. Es indudable que esto preocupa a todos los partidos políticos aquí representados, y es indudable también—creo que no habría que señalar en absoluto ninguna excepción—que todos ellos están dispuestos a secundar las actividades del Gobierno con el celo y la energía que sean precisos.

No sé si deliberadamente o no el Sr. Presidente del Consejo de Ministros ha omitido un aspecto de la cuestión que está muy ligado al trabajo de elevación de la moral de la retaguardia que se nos impone a los partidos, y este aspecto, muy interesante, es el problema de los abastecimientos.

Seguro de que el Gobierno trabaja en ello activamente, la circunstancia de hablar yo en nombre de una minoría, uno de cuyos miembros ocupa la Presidencia del Consejo, me autoriza para decir, sin que en ello se vea el menor asomo de reproche, que nuestro trabajo en la calle, en las colectividades, en la gente que ha de sostener esa moral será mucho más eficaz si las facultades que el Gobierno tiene las emplea en una política rápida, enérgica, durísima, si fuera necesario, en orden a la distribución de los abastecimientos, de los que haya y de los que se puedan adquirir.

En las meditaciones que nosotros nos imponemos todos los días en orden a la guerra, ésta de la distribución de los alimentos está ocupando ahora un lugar preferente; y yo me permito, sin requerimiento de amplias explicaciones, señalarle al Gobierno cómo el cuidado del problema de los abastecimientos haría nuestro trabajo mucho más fácil y nos permitiría desembarazadamente ayudarle en la tarea de ir desarticulando esos bulos, esas campañas de descrédito, a cuyos autores, en efecto, hay que tratar con el mismo rigor cuando proceden así por candidez o por matiz político que cuando están identificados con el enemigo; porque, prácticamente, lo que se persigue es cortar todo auxilio al enemigo, y en un orden moral quizá sea más culpable el antifascista que realiza esa labor, que los propios elementos que tienen una concepción pareja a la del enemigo común.

Conste, pues, que por parte de la minoría socialista el Gobierno encontrará todas las ayudas y ningún reparo para esa política, cualquiera que sea el grado de energía que llegue a alcanzar.

El Sr. **TORRES CAMPAÑA**: La representa-



ción de Unión Republicana se suma a cuanto aquí se acaba de decir por los representantes de otros grupos parlamentarios, y reitera de un modo expreso que el voto de confianza que dió al Gobierno en la última sesión parlamentaria queda de una manera concreta ratificado hoy, subrayando el hecho de que el Gobierno haya venido al seno de la Diputación Permanente de las Cortes a dar cuenta de la situación. Esto tiene un valor político, de gran relieve en estas circunstancias, que nosotros sabemos agradecer, y a lo que correspondemos señalando, una vez más, nuestra adhesión incondicional a toda la obra que el Gobierno necesite realizar en el orden militar, en el orden internacional y en el orden público.

El Sr. **COROMINAS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **COROMINAS**: No había hecho uso de la palabra porque me parecía que en el ánimo de todos estaba la reiteración del voto de confianza al Gobierno, y no requería, a mi parecer, la necesidad de la nueva expresión de este voto de confianza; pero, puesto que lo han hecho otros representantes de minorías, no quiero que parezca que la nuestra se abstiene de hacer esta misma manifestación.

Aquí se han pronunciado unas palabras por el Sr. Lamóneda sobre la política de abastecimientos y, efectivamente, ésta debe ser una de las preocupaciones del Gobierno, porque el tratamiento que se aplique por el Gobierno en la retaguardia influirá extraordinariamente en el éxito o en el fracaso que se obtenga en la realización de esta política.

Por otra parte, yo voy a permitirme, aunque no parezca propio de este lugar, recoger las palabras que ha dedicado el Sr. Presidente del Consejo a la buena acogida que le ha hecho el pueblo catalán, porque, siendo catalán, me parece que soy el más indicado para manifestar aquí esta expresión de agradecimiento. Nada más.

El Sr. **JAUREGUI**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **JAUREGUI**: Para expresar, muy brevemente, en nombre del grupo vasco, la satisfacción con que hemos oído la explicación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros e igualmente la del Sr. Ministro de la Gobernación, así como para aprobar, desde luego, no sólo lo pasado, sino sus preocupaciones futuras y toda la política a desarrollar, en la que hemos de seguir. Y, también, para expresar, puesto que veo que el Gobierno marcha a pasos agigantados hacia la normalidad ciudadana compatible con la guerra, un deseo, reiterado en todas las intervenciones de los representantes vascos, de que marche también hacia la normalidad de las libertades más interesantes en la vida pública: la libertad de conciencia y la libertad religiosa.

Sólo en los momentos en que el Poder no pudo existir, pudo admitirse la clausura, por así decirlo, la total desaparición del derecho a la libertad religiosa. Hoy, que el Gobierno ya se asienta sobre sus propios órganos, que él ha creado; hoy, que mantiene sus principios y su fe en los propios fundamentos de la Constitución del año 1931. creo

que el Gobierno debe lanzarse, con todo el valor —porque, además, le va a asistir la totalidad de la opinión del país—, a restablecer la libertad religiosa; la libertad religiosa, que la pedimos nosotros con un sentido, en principio, un poco egoísta para nuestra gente que ha venido a Cataluña y a España, las cuales la reciben con los brazos abiertos, ciertamente, con una solidaridad humana admirable.

Claro que es difícil para un creyente, como yo, convencer a otros, que no lo sean, de la importancia que tiene la satisfacción de las aspiraciones, de los sentimientos religiosos, así como la práctica de aquellos sacramentos en los que se tiene verdadera fe; es difícil. Sin embargo, creo que este pueblo que ha sufrido tanto, el pueblo vasco, hoy repartido por Cataluña y por España, lo agradecería considerablemente. Pero, además, el pueblo español, una gran parte del pueblo español es católico; la población femenina del pueblo es católica en una gran mayoría, y esta población, que lleva ya dieciséis meses de guerra y dieciséis meses de privaciones, lleva también dieciséis meses de privación de algo que es mucho más importante, a veces, sobre todo en ciertas edades y en ciertos momentos, que el propio alimento corporal. Restablecer esta moral de retaguardia implica que el ciudadano no encuentre en la situación que la guerra le proporciona unas limitaciones, unas privaciones profundas a su estado. Y lo mismo que contribuye a la desmoralización en la retaguardia el que el ciudadano no encuentre aquellos alimentos indispensables para él y para sus hijos, también se relaja la moral de aquel ciudadano que no encuentra la satisfacción espiritual, que es mucho más importante que la propia satisfacción material.

Yo creo plenamente, porque he sondeado la opinión en Valencia, en Levante, en Madrid mismo y aquí, que el país recibiría con agrado, con satisfacción, la libertad religiosa; creo que la anhelan multitud de individuos que están luchando por la República, y multitud de ciudadanos que no son, en manera alguna, desafectos al régimen. Además, creo que con eso quitábamos a la guerra ese tinte triste que contribuye a mantener la tesis enemiga de que la que se está librando en España es una guerra religiosa, entre católicos y no católicos, cuando es una lucha totalmente distinta. Lograríamos también una simpatía en el exterior, que yo estimo fundamental. Si no somos absolutamente simpáticos en Europa es porque operamos, en algunos aspectos, de forma distinta a lo que es ordinario y general. En una familia, un individuo discrepa cuando se conduce conforme a normas diferentes por completo de las usuales en el medio, en la época y en las circunstancias en que vive. En la España republicana, en esta materia tan importante, se está operando de modo distinto al usual en la totalidad de Europa, desde Rusia a Inglaterra, y esta estridencia de funcionamiento hace que la opinión popular de varios países se rebele un poco y no nos ofrezca todas sus simpatías, por obrar de un modo que, en el siglo en que vivimos, es completamente contrario a la conducta y a la conciencia europea y universal.



Hay un grupo católico que ha luchado y que ha sufrido mucho, que sigue siendo católico y que está amparado en Cataluña y en España, al cual se le debe esta pequeña satisfacción: que si muere, tenga su sacramento, sin clandestinidad y sin privación de lo que es elemental en este momento. Hay, asimismo, una masa católica en España, que no se puede desconocer, que radica en el pueblo, que no es fascista. Por último, existe un derecho, amparado por la Constitución, que ni aun en guerra hay razón para coartarlo.

Yo comprendo que el Gobierno ha considerado y considera este asunto y que él sabrá cuándo llega el momento de resolver. Pero aprovecho esta oportunidad para formular al Sr. Presidente del Consejo de Ministros y al Sr. Ministro de la Gobernación particularmente, que es el que puede mover los resortes del orden público mejor que nadie, esta petición sincera del grupo vasco de que se restablezca el culto, cualquiera que sea el credo, la Iglesia o la doctrina que se practique, con aquellas garantías que el Gobierno estime necesarias.

Con estas manifestaciones ratifico, en nombre del grupo vasco, la confianza que el Partido Nacionalista Vasco tiene en este Gobierno.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Negrín): En nombre del Gobierno, les expreso a ustedes nuestro profundo agradecimiento por las palabras y la acogida que nos han dispensado al Ministro de la Gobernación y a mí.

Quiero decir unas palabras sobre manifestaciones hechas por algunos de los Sres. Diputados y he de empezar por referirme al problema de la libertad religiosa, tal como ha sido enunciado aquí por el Sr. Jáuregui. Antepongo que yo no soy creyente, que no soy católico; pero una de las cosas que más a mí me abochornan es que se haya podido decir y pensar que en mi país exista una persecución contra la religión católica o contra cualquier otra. Es preciso separar dos cosas que son completamente distintas: una situación de hecho, verdaderamente lamentable, que no voy a explicar, porque, además, quizá sea un poco inexplicable, aunque haya una serie de circunstancias relacionadas con ello; una situación que realmente puede interpretarse como un acto de hostilidad hacia los sentimientos religiosos. Pero eso no ha sido en toda España, porque, en el país vasco y, según mis referencias, en algunos otros sitios han subsistido y subsisten esas manifestaciones y prácticas religiosas, sin que haya, no ya actos de persecución, pero ni siquiera de hostilidad o de desagrado, y sin que esta cuestión degeneren en un conflicto de orden público. Conviene señalar que, ni por parte de este Gobierno, ni de los que le han precedido, se ha dictado ninguna disposición ni tomado determinación gubernativa que pueda significar una persecución de tipo religioso, o una medida contraria al principio de la libertad religiosa, consagrado por la Constitución. Ha habido y hay situaciones de hecho que todos hemos lamen-

tado, que lamentamos y que tratamos de subsanar, pero que no se corrigen provocando nuevos conflictos. Allí donde se ha reclamado el apoyo o protección del Gobierno para ciertas manifestaciones de tipo religioso, el Gobierno lo ha concedido. Es muy posible que el clima y el ambiente político de la retaguardia haya cambiado y vaya cambiando en forma tal que llegue un momento en que, sin darnos cuenta, nos permita considerar, en absoluto, como cosa pasada, remota, esta sensación de hostilidad, de persecución a las manifestaciones religiosas, cuya génesis todos conocemos.

Ese es el deseo del Gobierno y, cuanto pueda hacer en ese sentido, bien por medio de medidas gubernativas, bien por disposiciones de otra naturaleza o por una acción adecuada sobre las gentes, sobre partidos políticos, sobre organizaciones y sobre las masas, en general, lo hará en todo momento, y a ello nos sumamos aquellos que, si practicar ninguna religión positiva, creemos tener un sentido de religiosidad tan profundo como los que profesan un credo determinado.

Con esto el Sr. Jáuregui, que conoce perfectamente las dificultades con que se tropieza para realizaciones prácticas, creo que quedará satisfecho y convencido de cuál es el criterio del Gobierno; mejor dicho, de cuantos integran el Gobierno, cualquiera que sea su posición ante el problema religioso.

El Sr. Velao ha hecho una manifestación, que agradezco, respecto a la posición de su minoría en orden a la posible declaración del estado de guerra, y nosotros hemos de tomar aquella en consideración. Conste que no es la primera vez que examinamos el problema, y es muy posible que, haciendo uso de las facultades concedidas por las Cortes, el Gobierno, previas las modificaciones que por la naturaleza del conflicto ante el cual nos hallamos sea preciso introducir en la ley de Orden público, proceda oportunamente a la declaración del estado de guerra.

Existe un problema que, aun cuando de importancia singular, lo dejo para el final de mi intervención. El problema a que me refiero es el de abastecimientos, que por los caracteres de conflicto que reviste en nuestro país, y por haber sido siempre y en todas partes de difícilísima solución, en situaciones análogas a la nuestra, constituye de unos meses a esta parte, la preocupación constante del Gobierno. Problema tal ha sido difícil de resolver en países tan potentes y con dotes de organización tan formidables como Alemania, y su dificultad estriba, más que en la escasez de los productos, punto de partida del conflicto, en la complejidad del sistema de distribución y racionamiento necesario para sacar un rendimiento máximo, complicado todo ello por un egoísmo insano, y hoy día en nuestro país, con mayor grado por un afán de crear dificultades al Gobierno y sabotear la labor de la República. En nuestro país este problema tiene, además, caracteres muy particulares. En el seno del Gobierno, del cual forma parte en el mes de Septiembre y a los pocos meses de desempeñar yo la cartera de Hacienda, he-



sistía yo con verdadera machaconería cerca de mis compañeros sobre la necesidad de tomar todas aquellas medidas que evitaran la dilapidación de nuestra riqueza nacional, puesto que con esa riqueza tendríamos tal vez que vernos obligados a comprar con qué alimentarnos y a comprar con qué alimentar la guerra, y evitar también la evasión para convertirlo en divisas que se quedaban en el extranjero, de aquello que podía servirnos el día de mañana como materias primas.

No es éste el momento de que les exponga a ustedes—sería además un cuadro demasiado tenebroso y lamentable—cómo sin provecho alguno para nuestro país se ha producido un empobrecimiento, en parte por desorganización, en parte por robo—no puede emplearse otro término—equivalente en sus efectos desastrosos y quizá en algunos aspectos superior a aquel que ya de por sí trae consigo la guerra. Durante meses y meses se ha venido sacando sin control posible todo cuanto podía servir para convertirlo en moneda extranjera, moneda extranjera que quedaba fuera de España en manos de particulares, en manos de organizaciones, en manos de quienes fueran. El Gobierno no podía hacer absolutamente nada, porque ni nuestras fronteras, ni nuestros puertos estaban en manos del Gobierno; estaban en manos de particulares, de entidades, de organismos locales o provinciales o comarcales; pero, desde luego, el Gobierno no podía hacer sentir allí su autoridad.

Nos hemos encontrado el año pasado ante la necesidad de importar trigo. Pero no es sólo el trigo lo que tenemos que importar, sino otros productos alimenticios. Y estos productos alimenticios tenemos que adquirirlos con divisas, que hemos de escatimar cuanto sea posible, porque la guerra puede durar mucho tiempo y no debemos perder la guerra por encontrarnos sin reservas de oro y sin divisas, producto de nuestras exportaciones.

Ha cambiado enormemente la situación en estos instantes; ha cambiado profundamente, pero hay que tener en cuenta que durante meses y meses se ha exportado sin provecho alguno para el país, no sólo aquello que normalmente se exportaba, sino también aquello que, por regla general, constituía la reserva de una cosecha a otra. Nunca quedaba de una cosecha a otra exhausto el aprovisionamiento; por deficiente que fuera una cosecha, algo se reservaba. Aquí han sucedido casos tan peregrinos como el que voy a indicarles. Faltando carne en Cataluña, en Valencia y en Madrid, teniendo necesidad de carne hasta para el Ejército, salía, sin poder imponer limitación alguna, el ganado vivo por la frontera para convertirlo en francos y conservarlos en el extranjero. Y esto no hace muchos meses, sino hace muy pocos, y aun hoy se produce ese hecho, aunque en mucha menor escala.

Todos estos hechos son productos de una indisciplina social, que se manifiesta, no sólo en los delitos y propagandas en contra del Gobierno, sino en este desenfreno, en este egoísmo particularista, que puede, que podría conducir a la pér-

dida de la guerra, si no se hubieran tomado y se estuvieran tomando medidas de gran severidad, que ya han conducido a un cambio de la situación.

La zona del país que nosotros ocupamos no produce lo suficiente para su propio abastecimiento, y tenemos, por lo tanto, que importar una cantidad considerable de alimentos.

No sólo trigo, sino también carne, huevos, leguminosas y un sinfín de productos más nos son absolutamente indispensables. No podemos contar con el dinero sin tasa ni medida; no podemos contar con él sin tasa ni medida, porque, si siempre hemos tenido un déficit en nuestra balanza comercial, y en los últimos años una gran escasez de divisas, cuyos efectos podían subsanarse, en parte, por créditos que obteníamos en el extranjero, actualmente con esos créditos no se puede contar en absoluto; tenemos que pagarlo todo al contado. Tenemos, además, que adquirir abundantes materias primas, indispensables para la industria de guerra, y tenemos también que adquirir material de guerra, aunque desgraciadamente no en la proporción que quisiéramos. Por lo tanto, hay que proceder con un espíritu de gran economía y dentro del mayor rigor administrativo.

Es muy difícil en nuestro país—en todos, pero más particularmente en el nuestro—aun en circunstancias de guerra, acomodar a las gentes a una serie de restricciones y, sobre todo, a un orden y a un método. El racionamiento, el rigor en la distribución son cosas casi, casi reñidas con nuestro carácter, muy difíciles de realizar, pero que es absolutamente indispensable e imprescindible que se realicen. La escasez de los alimentos ha conducido al aumento del coste de la vida, sobre todo en ciertas regiones, en ciertas partes de España, como en Cataluña—en Cataluña en mayor proporción que en cualquier otro sitio—, en Cataluña facilitado por una inflación parcial que en Cataluña se ha producido por una serie de circunstancias que no es del caso analizar, pero que tendría pronto y seguro remedio.

La política de las tasas, indispensable, desde luego, tiene sus fallas y sus inconvenientes. Una de las fallas es la retracción que se produce en el mercado y que se ha visto tan pronto como en algunas partes de España se ha establecido la política de tasas; pero es que es absolutamente imprescindible, con todos sus inconvenientes. Imprescindible, por varias razones: primera, si no se fija un tope, aunque el tope haya que desplazarlo, porque tiene que ser, al principio, un poco arbitrario; si no se fija un tope corremos el riesgo de iniciar el camino por una pendiente sin fin que nos llevaría al abismo. Segunda, porque el Estado no puede consentir de manera alguna el enriquecimiento de particulares, a costa de la colectividad. Se dan casos asombrosos, como los siguientes: mientras los huevos en Cataluña, en Valencia y en Madrid se pagan a precios exorbitantes, que todos conocemos, nosotros damos las divisas necesarias para la adquisición de esos huevos, traídos del extranjero, que son el 85 ó el



90 por 100 de los que se consumen en el territorio leal de España. Es decir, que no es una fracción mínima, insignificante del consumo total. Nosotros damos las divisas a un precio tal en pesetas, que los proveedores pueden vender perfectamente a 3 ó 3,50, según la calidad, a lo sumo a 3,75 pesetas la docena de huevos; y ello ganando perfectamente los dos o tres intermediarios que, de una manera lógica y lícita, podría haber entre el consumidor y el Estado.

El Estado no compra los huevos. El Estado lo que hace es, al abastecedor de huevos que pide dólares o libras o francos, cederle la moneda extranjera en condiciones tales que podría, aun teniendo interpuestos uno o dos intermediarios más, venderlos al precio que acabo de indicar.

Esto que sucede con los huevos ocurre con un sinnúmero de artículos más. El bacalao se puede vender perfectamente, y ése es el precio de tasa que se ha señalado, tratándose de bacalao de buena calidad, a 2,10 ó 2,20 pesetas, porque el precio a que viene a salir es de 1,60 a 1,70 pesetas, descontada, además, la pérdida que pudiera tener por la expendición al detall.

¿Podemos consentir esto en la venta de un artículo del que no hay producción nacional? ¿Podemos consentir que la cantidad de bacalao que se entrega, que ha de ser forzosamente limitada, pudiendo venderse entre 2 y 2,30 pesetas, según su calidad, se venda a los precios actuales, quedando esta ganancia en manos de particulares o de cualquier entidad o corporación? Eso es completa y totalmente inadmisibile y nos obliga a hacer con todo rigor la política de tasas, difícil de regular cuando no hay abundancia; pero, precisamente, la política de tasas no se establece más que cuando hay escasez, y tiene que ir, por tanto, acompañada de una política de racionamiento. Nosotros hemos elaborado unas cartillas de racionamiento; en algunos pueblos están en marcha. Pero esto no lo puede hacer la Administración central sino con la cooperación de otras corporaciones o agrupaciones públicas. Aquí mismo, en Barcelona, estamos en relación, en primer término, con la Comisaría de Abastecimientos y algunos otros organismos más para ver de resolver con la mayor rapidez este problema. Actualmente, en Barcelona, hay escasez; pero todo aquel que quiera pagar el precio que se pide, tiene lo que quiere. Yo puedo darles a ustedes la tranquilidad de que, merced a las precauciones tomadas por el Gobierno, actualmente en Barcelona, en Cataluña, hay, de los artículos más fundamentales, lo suficiente para su abastecimiento y para que, si se administra bien, no surja conflicto alguno. En pocos días se ha entregado harina y trigo en cantidad bastante para alejar toda preocupación de momento y, desde luego, antes de que expire el plazo marcado para su consumo, se recibirá el repuesto necesario. Lo mismo sucede con otros artículos alimenticios.

Todo este conflicto de abastecimientos que ha surgido en los últimos meses, se debe, no sólo a dificultades de organización, que siempre se ponen de manifiesto cuando se plantean estas cues-

tiones, sino a una serie de circunstancias coincidentes que son aprovechadas por nuestros enemigos para producir una mayor desazón y para hacer que el problema sea más agudo. Esas circunstancias han sido las siguientes: nosotros teníamos adquirido en algunos países una cantidad considerable de trigo, en condiciones ventajosas y a precios satisfactorios. Pero a fines de este verano surgió la piratería en el Mediterráneo y nos hemos visto imposibilitados de traer esos cargamentos, que habían de venir en barcos españoles, pues nos convenía efectuar el pago de los fletes en pesetas y no en dólares, libras u otras divisas. De manera que nos hemos encontrado con esos "stocks" bloqueados, que se están trayendo, pero que, si los hubiéramos tenido en el momento convenido, no hubiera surgido el conflicto en la forma que se ha presentado. Lo mismo ha sucedido con otros productos alimenticios.

Estos planes de abastecimiento no se pueden improvisar ni hacer de hoy para mañana; es necesario hacerlos a largo plazo, porque, en otro caso, corremos el riesgo de tener que pagar las cosas más caras, y en un volumen de millones el encarecimiento en un pequeño tanto por ciento representa una cantidad considerable. Pero, además, hay otra razón: nosotros tenemos que hacer un plan de nuestras disponibilidades de divisas, no de un mes para otro, sino con varios meses de anticipación. Nuestro cálculo estaba hecho, pero falló en los meses de Septiembre, Octubre y Noviembre; primero, por los actos de piratería en el Mediterráneo, que nos obligaron a comprar en otros sitios lo que no habíamos de recibir, y después, por la situación del Norte, que se hizo verdaderamente angustiosa. Era necesario aprovisionarle. Los "stocks" que había en Bilbao no pudieron ser retirados, como igualmente algunos de municiones y material de guerra. Después, con Santander y Asturias sucedió lo mismo. Había que aprovisionarlos por el procedimiento que fuera, pagando las cosas a cualquier precio, incluso exponiéndonos a perder los barcos. Nuestras disponibilidades en divisas las empleamos en víveres y material de guerra para el Norte, aun a costa de que se produjera escasez en el resto de la zona leal.

El conflicto de Madrid se produjo por la disminución de los "stocks", acentuado porque nuestro plan de evacuación de Madrid no ha podido cumplirse en la forma que queríamos. Nosotros no hemos podido conseguir que la evacuación de la población civil de Madrid se hiciese en la medida que deseábamos. Sin embargo, es preciso evacuar mucha de esa población civil, ya que el aprovisionamiento de Madrid se efectúa, no por ferrocarril, sino solamente por carretera, y, si no se llega a la descongestión de Madrid, si la guerra creara una situación militar difícil, habría que desatender las necesidades de la población civil para no trabar la libertad de movimiento del Ejército.

Es necesario aprovisionar Madrid, constituir allí un "stock", porque Madrid ha pasado, en orden a su abastecimiento, momentos difíciles. No obstante, la situación ha mejorado, como lo demuestra el hecho de que con el "stock" de algu-



nos artículos alimenticios, hoy se puede hacer frente a las necesidades durante varios meses. Claro es que, a pesar de haber más facilidades para ese abastecimiento, el ciudadano de Madrid podría decirnos que él no nota grandemente esa mejoría, por cuanto se halla ante igual escasez que antes. Eso es evidente, porque no se hace entrega de todo cuando se dispone, a fin de que haya "stocks" de reserva, depósitos, para el mayor tiempo posible, aunque los habitantes pasen allí apuros momentáneos, y, además, para ir proveyendo a las necesidades del resto del territorio y crear las reservas precisas, dentro de las limitaciones y condiciones especiales en que podamos hallarnos.

Ya tenemos establecido el control en puertos y fronteras para nuestras importaciones y exportaciones, lo cual no quiere decir que no exista contrabando. Esto es inevitable. El contrabando alcanza un tanto por ciento limitado; pero no olvidemos que antes el Estado no ejercía control alguno sobre importaciones y exportaciones. Este control que ahora hemos establecido irá mejorando de día en día y podemos garantizar que, merced a las Centrales de exportación y a la dirección del Estado, la aportación de divisas será casi completa en lo relativo a exportación. Así no ocurrirán casos tan sangrantes como los del año pasado. Se nos decía que en Bilbao, Santander y Asturias escaseaba el arroz y el aceite. Nosotros no queríamos creerlo, porque habíamos enviado allí más arroz y más aceite del que podía ser consumido. Pero hubimos de mandar nuevos cargamentos, a pesar de que teníamos la sensación de ser engañados. Descubrimos, al fin, que muchos de esos cargamentos no habían llegado ni a Bilbao, ni a Asturias, ni Santander. Se habían enviado para su venta a Inglaterra y a Bélgica y, convertidos en divisas, éstas permanecían en el extranjero. Y no hubo un solo caso, sino varios, y hoy día ya no puede repetirse este hecho y estamos en vías de sancionar lo sucedido anteriormente. Podrá, naturalmente, surgir algún contrabandista que detraiga parte de las divisas correspondientes a las exportaciones hechas, pero eso será lo excepcional, gracias a las garantías tomadas y al plan de importaciones restringidas.

El criterio del Gobierno y del Ministro de Hacienda y Economía es proceder como si la guerra hubiese de durar un año o dos, con el fin de que no podamos llegar a encontrarnos en tal situación que, por asfixia económica, al no poder continuar la guerra, hayamos de darnos por vencidos.

Por tanto, el Gobierno no está dispuesto, para evitar que la situación sea violenta y que todo el mundo esté satisfecho y no note los apuros de la guerra, a dar, a costa del futuro, toda clase de facilidades para que dentro de dos o tres meses se produzcan graves dificultades, lo cual ya hubiera ocurrido si hubiesen sido atendidas las reclamaciones y los deseos, desde luego, explicables, formulados por entidades y particulares, que desde el mismo comienzo de la guerra vienen demandando compensaciones u operaciones particulares, o concesiones de divisas para tal o cual, sin tasa ni medida. Si no se hubiera seguido en este orden una severa política, si no se hubiera limitado, llegan-

do quizá a extremos de gran rigurosidad, la concesión de estas peticiones, es seguro que ya habríamos llegado a una situación verdaderamente difícil.

El problema de los abastecimientos es, como he dicho a ustedes, uno de los problemas que más preocupan desde hace bastante tiempo al Gobierno. Hemos creado una serie de Comisiones: una especial para el abastecimiento de Madrid, que ha dado el resultado que les acabo de indicar; otra, que se ocupa del abastecimiento general de España, de la que forman parte todas aquellas entidades o Departamentos ministeriales que intervienen en este problema; no sólo Hacienda y Economía, también Defensa, por lo que respecta a Intendencia, y, además Agricultura. Y esta Comisión ha logrado ya sensibles mejoras. Con una severa disciplina y organización, actuando todos, lo mismo los individuos que los partidos y las organizaciones, sobre la gente afín o próxima a nosotros, y haciendo sentir a cada uno su responsabilidad en el resultado de la guerra; si extremamos nuestras precauciones y administramos aquello de que disponemos en los momentos presentes en la forma debida, yo tengo la absoluta seguridad de que, a pesar de estas fluctuaciones y de los malos momentos por que hemos pasado y tal vez hayaamos de pasar, el problema de los abastecimientos, como los demás, se resolverá. No se irá resolviendo: solo no se resuelve nada. Pero con la ayuda de todos, el Gobierno los resolverá. Por de pronto yo espero que aquí, en Cataluña, donde el problema de los abastecimientos había adquirido unos caracteres de agudeza y de conflicto verdaderamente amenazadores, en breve tiempo la situación será, si no completamente satisfactoria, por lo menos bastante pasadera. Y nada más.

Repetirles a ustedes el agradecimiento por las manifestaciones que aquí han hecho, que son para el Gobierno un aliento en el camino que se ha trazado, y ponerme, como siempre, a la disposición de la Diputación Permanente para dar a ustedes cuantas explicaciones estimen oportuno solicitar.

El Sr. **PRESIDENTE**: Las manifestaciones de los distintos Diputados que, en nombre de los grupos parlamentarios que integran la Diputación Permanente, han sido hechas, pueden ser recogidas votando una resolución que yo me permito someter a la consideración de todos.

"La Diputación Permanente, que ha escuchado complacida las manifestaciones de los señores Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación, reitera su absoluta confianza en el Gobierno para el desarrollo de la política militar, económica, social, gubernativa y exterior que le confiaron las Cortes en su última sesión plenaria."

¿Se aprueba? (**Asentimiento.**) Queda aprobada.

¿Se aprueba la prórroga del estado de alarma solicitada por el Gobierno? (**Asentimiento.**) Queda aprobada.

No habiendo más asuntos de que tratar, se levanta la sesión."

Eran las dos y diez minutos de la tarde.

Rivadeneira, S. A. (Intervenido por el Estado).  
Paseo de San Vicente, 28.—Madrid.